

llabas perdido, quise, de alguna forma, recompensar ese verbo «hallar». Y entonces se me ocurrió.

Tú te hallabas perdido y yo tenía la clave. Fabricaría un atlas para ti, porque lo mereces más que nadie, porque no quiero que te queden dudas, para que sepas llegar a tu destino, a tu lugar en el mundo, a donde yo te envío de una vez por todas.

El sitio donde vas queda tan, tan lejos, que se sale de este atlas.

Vete a la... (*se contiene de decir algo inapropiado*). ¡Vete a tomar por culo!

Y toma esta brújula por si te pierdes. Y no vuelvas a decirme que así no voy a ninguna parte.

3. GRECO, ACTO SIN PALABRAS (Mimodrama en un solo acto)

MARCELO RUBAL

PERSONAJE:

Un caballero español en actitud de posar dentro de un marco dorado con la mano cercana a su pecho en señal de nobleza.

ESCENA:

Escenario en penumbra con algunos cirios alrededor encendidos. En el centro hay un personaje (caballero español) que sostiene un marco que ha colocado delante de su rostro como si estuviera metido dentro de un cuadro. Permanece de pie, inmóvil, con la mirada puesta en el infinito. Viste de negro, con el rostro alargado y triste, como en una pintura del Greco.

ACCIÓN:

Suena una música mística de fondo entre campanas de conventos que van ocupando la sala y el escenario, al tiempo lentamente se va iluminando con una luz cenital al caballero. Deja de sonar la música, el caballero permanece quieto, sin moverse, hasta que de pronto mueve los ojos, primero hacia un lateral, luego hacia el otro. Se detiene, permanece de nuevo inmóvil. De pronto, mueve los dedos de una mano, se detiene. Vuelve a mover los dedos, dirige la mirada hacia la mano, permanece inmóvil. Comienza a mirar el marco como si lo estuviera explorando con su mirada lentamente alrededor del mismo. Finalmente, se queda inmóvil. De nuevo mueve

los dedos con inquietud. Se sorprende, comienza a mover la mano izquierda explorando con ella el lado izquierdo del marco, se detiene. Mira la mano, se sorprende. Vuelve a recorrer con la mirada todo el marco, esta vez de forma opuesta, investigando los pequeños detalles que se le habían pasado antes. De pronto, se detiene, se queda pensando. Comienza a explorar con la mano derecha el marco, se detiene, mira la mano, se sorprende. Sonríe, de nuevo serio, inmóvil. Acerca su rostro hacia el exterior del marco, mira hacia ambos lados. Se queda pensativo, reflexiona y retrocede el rostro hacia el mismo sitio de partida. De nuevo comienza a investigar el marco, primero con la mirada, luego moviendo los dedos alrededor del marco, se detiene. Parece fatigado, mueve la cabeza de forma afirmativa, se detiene. Avanza el rostro lentamente hacia el exterior del marco, se detiene. Mira a ambos lados, y se decide a sacar la cabeza fuera.

Ahora tiene la cabeza fuera del marco, investiga a ambos lados, saca un poco más la cabeza. El caballero descubre un pájaro volando en el horizonte exterior, parece una gaviota o una cigüeña, lo sigue con la mirada, moviendo sus cejas al ritmo de las alas del animal. El pájaro va cruzando toda la sala, el caballero lo sigue hasta que al final lo pierde en el horizonte. Se queda descorazonado, triste, le gustaría ser el pájaro en ese momento, pero sabe que es imposible. Entonces se le ocurre una idea. Ahora está seguro de sacar la cabeza, se dispone a hacerlo cuando suenan unas campanas estridentes en señal de desaprobación. El caballero introduce rápidamente de nuevo la cabeza dentro del marco, y se queda inmóvil. Pausa de silencio.

Suena una música sacramental con unos cantos gregorianos. El caballero observa atentamente, como si estuviera pasando una procesión delante de él. Se detiene, y asiente afirmativamente con la cabeza. Cesa la música. El caballero presiente que ya han pasado. Mueve los dedos de las manos con inquietud. Se asoma fuera del marco. No hay nadie, se decide a sacar medio cuerpo fuera del marco. Suena de nuevo

la campana de forma estridente. El caballero se queda inmóvil, pero no se incorpora hacia dentro del marco. Pausa de silencio.

El caballero se mueve lentamente sin hacer ruido, tratando de no levantar sospechas. Investiga de nuevo el espacio y su nueva posición medio fuera del marco, pero no se atreve a continuar. Busca una excusa que le infunda valor. Por fin, se decide a sacar un brazo fuera del marco. Lentamente lo consigue, sonrío feliz. Se queda quieto, sorprendido de que no haya pasado nada. La campana parece que ha cesado. Nadie ahora le reprende. Está sorprendido por sus progresos, y decide continuar arriesgándose un poquito más, y logra sacar medio cuerpo. Ahora tiene medio cuerpo fuera del marco, pero no se siente satisfecho, más bien se siente ridículo en esa forma. Trata de acomodarse, pero no lo consigue. De pronto, suena la campana de forma estridente. El caballero se asusta. Trata de huir. Corre hacia un extremo del escenario, retrocede como si algo le detuviera. Corre al otro lado y de nuevo retrocede al centro del escenario. Se queda inmóvil, con medio cuerpo fuera del marco. Parece muy asustado, frustrado por no poder salir ni entrar en el marco. Se inquieta y comienza a dar vueltas desesperado alrededor de él mismo. Cae de rodillas. Permanece inmóvil por un tiempo, luego se incorpora, poniéndose de pie. Se limpia cuidadosamente el vestuario. Se queda quieto de repente. Reflexiona pensativo. Trata de establecer una complicidad con la campana que le amonesta, amagando como si de pronto quisiera salir del todo fuera del marco, pero sin hacerlo. Observa que no pasa nada, que no le reprenden. Ahora parece dispuesto a no engañar a la campana y salir del todo. Pequeños escarceos. Por fin, sale del todo.

El caballero experimenta una sensación de placidez. Se observa tratando de reconocerse, mirándose las manos, los pies, el resto de su cuerpo. Por fin, se da cuenta de que está entero, que no le falta nada. Entonces recuerda, y mira lentamente hacia el marco. Sensación de placidez, como si se hubiera desprendido de una parte de él mismo, y ahora no la echara de menos.

Se acerca al marco, le da una patadita, luego amenaza con darle un patadón, pero se contiene, se arregla el vestuario, se sacude el polvo de los hombros y de los brazos.

Comienza a explorar el escenario, con pasos muy tímidos y entrecortados. Primero hacia un lateral, luego hacia el otro.

De pronto, suena de nuevo la campana. El caballero se solivianta, no sabe qué hacer, a dónde ir, se pone muy nervioso y corre hacia el marco, da un saltito y se mete dentro del mismo. Se queda inmóvil, temblando. Finalmente, recobra la calma, se sacude el polvo de las mangas y se ajusta la gola del cuello.

El caballero observa atentamente de un lado a otro, a ver si ha pasado el peligro, entonces se decide a salir del marco. Primero saca una pierna, muy lentamente, la apoya en el suelo. Hace girar el peso de su cuerpo lentamente hacia ella, se detiene, mira a un lado y después al otro. Entonces comienza a sacar la otra pierna fuera del marco. Se detiene, se siente ridículo en esa posición y enseguida recompone el tipo sacudiéndose el polvo del vestido. Recobra la solemnidad de su figura. Gesticula con las manos como si estuviera manteniendo una conversación con alguien muy importante, tal vez un cortesano. Le hace una reverencia cortés inclinando su cabeza, luego desvía su mirada con desprecio.

Comienza a caminar por el escenario, tranquilo, confiado en sí mismo. De pronto, se detiene, observa el marco, se acerca, lo mira. Extiende la mano como para tocarlo, se detiene. Hace ademán de abandonar la acción, pero no lo consigue. Saca un pañuelo de la manga y vuelve al marco, lo limpia cuidadosamente, lo recoge, trata de sacarle brillo, de pulirlo lentamente. Se guarda el pañuelo como si ya hubiera terminado. Trata de marcharse, pero su mano está sujeta al marco. Entonces lo coge con la otra mano y trata de soltarlo con la que tiene agarrado. La otra se suelta, pero la que lo tiene ahora no. Avanza con el cuerpo, pero su mano permanece unida al marco. Trata de tirar el marco hacia él con la mano, pero este no cede. Se acerca al marco, lo coge con la otra mano y suelta la otra, pero él sigue unido al

marco. No sabe qué hacer, permanece inmóvil. De pronto, se le ocurre empujar el marco con su cuerpo para ver si cede. Lo empuja, pero el marco sigue en su sitio. Vuelve a intentarlo, pero no cede. Se apoya junto al marco. Ahora está fuera, pero sujeto al marco, parece resignado.

Suena la campana de forma muy estridente, se oye un canto gregoriano como si se estuviera preparando una procesión. Se oyen los pasos a lo lejos como una saeta, el repicar de los tambores con sus pasos que se acercan. El caballero se incorpora con actitud de observador. Contempla cómo pasa la procesión con toda su solemnidad. El caballero está conmovido, trata de acercarse, pero el marco se lo impide. Extiende la mano en señal de auxilio hacia la procesión. Esta se acerca cada vez más y el sonido es más grande. El caballero trata desesperado que le oigan, hace gestos con la boca como si gritara auxilio, pero sus gritos son ahogados por la multitud y el ruido de los tambores que cada vez se alejan más de él sin hacerlo caso. El caballero ve como la procesión se aleja y él permanece sin poder moverse en el mismo sitio.

Suena la campana, el caballero no hace caso. Vuelve a sonar hasta que se detiene. El caballero camina por el escenario con el marco a su lado. Se detiene, observa la sala, el patio de butacas, el fondo. Sigue caminando, no se ha dado cuenta de que ahora el marco no se resiste y va donde él quiere. El caballero sigue sin darse cuenta, ignora el marco, hace sus cosas como si este no estuviera con él. Enciende un cirio, se pone en movimiento y enciende otro más. Se coloca el marco en forma de bandolera, se acerca a una mesa, se sienta y escribe. Luego de terminar, se saca el marco y lo deja junto a la mesa. Camina unos pasos. No sucede nada. El caballero no se inquieta, está tranquilo, seguro de sí mismo. Avanza por el escenario encerrado en el interior de un espacio, se acerca a la corbata del escenario, se detiene. Pone lentamente con temor la palma de la mano delante de él. Descubre que delante hay un cristal, una pared de cristal. Pone la palma de la otra mano sobre el cristal, se detiene. Palpa con la otra mano, sigue la trayecto-

ria de la pared de cristal con sus dos manos, manipulando los contornos. Ahora está seguro de que no puede salir de ahí, que no hay salida al exterior. Palpa por doquier del escenario y siempre encuentra una pared, a su espalda, por un lado, por el otro. Siempre tiene pared. La pared es él. El límite está en él. La conciencia es su límite. Ella es quien le sujeta al escenario, quien le dicta las órdenes. Ahora ya lo sabe. Se siente más tranquilo. Camina hacia el marco, lo ve, se inclina mientras lo recoge. Lo pone delante de él, se mira como si estuviera delante de un espejo, se toca la barba, el cabello, sorprendido de reconocerse, se aleja, se acerca. Ahora coloca el espejo en el suelo y da unos pasos hacia atrás. Se observa, se gira a un lado y a otro. Se reconoce, se identifica con su figura. Se gusta, saca la lengua, se hace a sí mismo burla, se aparta. Se queda pensativo. Ha aprendido a descubrirse a sí mismo. Se sacude el polvo con aplomo, con mucha elegancia, apartando con paciencia las motitas de polvo con los dedos. Respira con optimismo. Tiene la impresión de estar convencido de su buen propósito. Ahora no se dejará engañar, seguirá el juego hasta el final, y de pronto descubre una cuerda, se acerca a ella, la coge, tira de ella, esta cede. El caballero la enrolla, luego hace un nudo, todo mimándolo. Cuando tiene el nudo hecho, la lanza hacia el techo. La cuerda queda sujeta al techo. El caballero tira de ella. Suena una campana. El caballero sigue tirando de ella al ritmo de los campanazos. Ahora es él quien hace sonar las campanas, unas veces con más ritmo, otras con menos fuerza.

El caballero queda en el centro de escenario tirando de la cuerda, haciendo sonar y repicar el campanario. La luz cae lentamente hasta hacerse oscuro total. Las campanas siguen sonando.

Cae el telón.